



# SEMANARIO Ilustrado

Director

A. Gascón de Gotor

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
Contamina, 25

Zaragoza . . . 1 pta. trim.  
 Provincias . . . 1'20  
 Ultramar y  
 extranjero 2'00  
 Número suelto 10 cént.

Revista española de Bellas Artes, Literatura, Ciencias, Arqueología y Actualidades

AÑO I.

Zaragoza 8 de Enero de 1893

NÚM. 2

## SUMARIO

**TEXTO:** *La Semana*, por Briz.—*El día de Reyes* (recuerdos infantiles), por D. Pedro Gascón de Gotor.—*Un matrimonio feliz*, (poesía), por D. Serapio Liso.—*La bendición de Sor Isabel* (episodio histórico), por D. Antonio Aparicio.—*El canto del ruiseñor* (poesía), por D. Luis Ram de Viu, Barón de Hervés.—*La pena del Talión*, cuento romano, por D.<sup>a</sup> Rosa Eguilaz de Parada.—*Repostería*, *Beso de Cardenal*, por un pinche.—**ANUNCIO.**  
**GRABADOS:** *Mezquita del palacio de la Aljafería*, (Zaragoza).—*Escudo de armas de la puerta del salón del Trono*, (castillo de la Aljafería).—*El Tanto monta de los reyes católicos*.—*Una boda en China*, (continuación).

## LA SEMANA

El año principia con buenos auspicios para el SEMANARIO ILUSTRADO. La tirada numerosa que se hizo del primer número ha sido cuasi agotada y apenas si quedan ejemplares para la propaganda.

El número de suscripciones aumenta y de seguir el público en este movimiento favorabilísimo, indudablemente el SEMANARIO adquirirá gran pujanza y larga vida.

Correspondiendo al favor que se nos dispensa, se principiarán á publicar sin interrupción, cuentos originales de los más chispeantes y eruditos escritores, ilustrados por Cilla, Mecachis, Melitón González, Angel, Moya, Sileno y Tur.

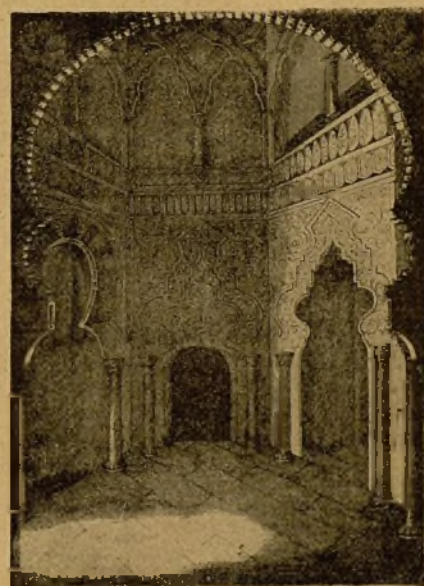
En la sección de actualidades se publicarán todas las noticias raras, curiosas, científicas, instructivas ó interesantes que se vean en la prensa periódica de todas partes, así como los descubrimientos é invenciones que se hagan en todo el mundo.

Los periódicos locales se hacen eco de un rumor que tiene bastante fundamento y que ya en la obra «Zaragoza artística monumental é histórica» denunciarnos hace bastantes meses.

Es electivamente ruinoso el estado en que se halla el vasto edificio construido en 1553 á expensas de D. Iñigo Abarca de Bolea y Portugal para la Comunidad de religiosas dominicas de Santa Fe, y que ahora sirve de albergue á la *Academia de Nobles Artes de San Luis*, Escuela de dibujo, pintura y escultura, Museo provincial de pintura y antigüedades y Círculo de Bellas Artes.

Negar que al menos parte del edificio está en ruinas, sería tanto como negar la luz que nos alumbrá. Si en tal situación se hallara la magnífica *Torre-Nueva*, jamás pidiéramos su conservación como la pedimos, y en manera alguna nos seguiría la cuasi totalidad de la prensa española y del público amante de las glorias patrias.

Pero á pesar de esta creencia, forzoso es convenir que en Zaragoza solo se escribe *debe de*



Mezquita del palacio de la Aljafería (Zaragoza)



rruirse, y pocas, muy pocas veces, *vigilese, restáurese*. Parece que solo nos acordamos de Santa Bárbara cuando truena.

La demolición de aquel edificio me sugiere una duda que quisiera ver aclarada.

Si es derribado ¿quedarán las corporaciones que lo habitan sujetas á vivir de limosna?

Porque todos piden su desaparición para dar cabida en sus solares á un mercado público y hasta ahora no hemos leído ni oído, que alguien piense en dar á dichas corporaciones edificio propio y acondicionado ó fácil de hacerlo útil para el uso á que se destina.

Si mal no recordamos, hace tiempo se tasó y su tasación ascendía á mayor cantidad que vale el monumental palacio de Zaporta, conocido con el nombre de *Casa de la Infanta*.

Si esto es así ¿porqué no se piensa en adquirir el edificio donde espiró el inmortal canónigo D. Ramón de Pignatelli, y donde el rival de Berruguele, el aragonés Marín de Tudela (a) *Tudelilla*, esculpió bellezas y filigranas en su monumental palio, portada y escaleras?

Tan grandioso palacio es digno, muy digno de conservarse. Lo pide el arte patrio y la historia y la gratitud zaragozana.

Nada más honroso para Zaragoza que entablar negociaciones para adquirirlo, convirtiéndolo en Museo Provincial, Academia y Escuela de Bellas Artes, cediéndole al Circulo, compuesto de animosos jóvenes artistas, sitio para sus dependencias, coadyuvando en cierto modo á su desarrollo.

Trasladar estas dependencias á la Universidad, donde no hay locales que se adopten á las condiciones necesarias, además de encontrarse dichas corporaciones como gallo en corral ajeno según el dicho vulgar, es exponerlas á que algún día las deje en la calle una real orden con la que se creen nuevas cátedras ajenas á las artes bellas.

Hora es de que los artistas y los amantes del arte salgan de su letargo. Hora es de que se les atienda y considere.

Reunámonos, sea jefe el más anciano, el maestro de todos, solicítese el concurso de todas las corporaciones y de la prensa, que seguramente no ha de faltar, y en instancia razonada y correcta, pidase protección á los altos poderes del Estado.

El Excmo. Sr. Ministro de Fomento ha dicho que desea servir á Zaragoza: ocasión tiene para demostrarlo.

¿Serán atendidas estas observaciones?

Cuenten todos, artistas y entusiastas, con la cooperación del SEMANARIO ILUSTRADO.

BRIZ.

## EL DÍA DE REYES

(RECUERDOS INFANTILES)

Los últimos juguetes los desgracié muy pronto é iba á quedarme en pelota, mejor dicho, sin pelota, porque le hice un orificio llevado de la curiosidad por saber qué contenía en el interior al verla tan redondita y hermosa, y la hallé... hueca—como algunas bellas cabezas de la actualidad:—la cuadrilla de to-

rereros de plomo que pude completar con los céntimos que muy mañosamente quitaba á la mamá (según la jerga moderna) sufrió los efectos de mis caricias; á Lagartijo le rompí las piernas por gaudul, pues solo se movía á duras penas; á Frascuelo le arranqué la colela que era muy larga, y aun le volvió á crecer lo bastante para que se la cortaran trágicamente al compás de unas cuantas habaneras y jipios; á Badila y demás gente de penco los dejé de á pié por el abuso de la pica, y á Guerrita, viéndolo tan feo, lo decapité sin aparato y sin dar lugar á las gestiones de indulto, y con obleas le puse en suslitución de la primera cabeza la de un rubicundo bebé. Y este *torericidio* (con permiso de la Academia) no lo cometí porque fuera enemigo de la *atractiva* y *chulita* diversión española—tan española como que según los fanáticos del bárbaro toreo la *mamamos*, es un decir, *va con la sangre*; no, porque de pequeño he dado más pases y sufrido más tumbos que Frascuelo cogidas y silbidos el *Chuchí*, sino que lo hice llevado de las tendencias destructoras de ogaño que aunque no las mamen algunos como la *sangre torera*—valga el contrasentido de la frase—no hacen más que salir del útero materno y ya principian á dar de patadas al comadrón ó á la comadrona y á repartir mordiscos á diestro y siniestro, viéndose obligada aquella á correccionar á su naciente bruto.

Volviendo á los juguetes, repito que había convertido aquellos objetos de mi predilección infantil en un hospital de inválidos, y ya no me restaba otra esperanza que escribir una carta á los señores Reyes pidiéndoles «un camino de hierro con una estación que avergonzara al esqueleto de la de Madrid, un tranvía que no descarrilase con frecuencia, un batallón de infantería sin despóticos Mazacotes que bebieran las claras aguas de Bilbao, un ministerio que predicase poco y diera mucho trigo, un edificio sin arte para que mis envidiosos compañeros no lo destruyeran, un ayuntamiento sin caciques, un teatro moralizador, una sirvienta que no sisara ó sin novio, una suegra que no gruñera, un casero que no cobrara el alquiler, una buena *vara* de justicia, y las esculturas de las tres virtudes teologales». Todo esto les pedía á los Reyes, y para que me otorgasen la petición, á Baltasar le llamaba hermoso, y que su negra cutis tenía trastornada á la Europa; á Melchor lo titulé prototipo del bello sexo, y á Gaspar entusiasta de los niños porque dicen las verdades. Encerré la carta en un sobre que lacré y certifiqué para evi-



evitar extravíos, y con recelo aun de que llegara sana y salva al lugar de su destino la deposité en el buzón.

Movimiento inusitado observábase en todos los establecimientos de juguetes de Zaragoza y muy especialmente en uno de la calle de las Escuelas-Pías (Cedacería antigua). Un hombrecito de baja estatura, rechoncho, coloradote, de simpática cara y ojos saltones, cuyos párpados tenía vueltos, era el amo del establecimiento. El *tío Qjitos*, como le llamaba el mundo infantil, y su señora, que no le excedía en altura, ni en obesidad, si bien no llevaba como aquél los ojos *ribeteados*, se apresuraban á despachar á los muchos parroquianos, que en todo el año, pero más en tales días, acudían á buscar á su tienda caprichitos de niños.

Sobre el mostrador y escaparate, veíanse soldados de á pié y de á caballo, custodias en miniaturas, altarcitos en idem, tambores de repetición, muñecas con más ó menos narices y bermellón abundante, juegos de lotería, teatros, rompe-cabezas, polichinelas, cajas de pinturas, trompetas, caballos de cartón, etc., etc. Aunque la vista se me iba á tales objetos, que entre paréntesis, me los hubiera llevado á casa, no divisé entre ellos los por mí apetecidos y solicitados á los Reyes Magos, razón por la cual me alegré con la esperanza de poseer aquello que ni en España ni en sus tiendas existía.

La noche de la venida de tan grandes señores, la pasé lleno de emociones. El balcón tan pronto lo habría como lo cerraba y la sombra de la farola, el murmullo y pisadas de los transeúntes, el vocador de «castañas turradas ¡turraas!..» todo me parecía el séquito que acompañaba á los poderosos magos, tras del cual creía distinguir á Baltasar y compañeros. Mis papás me hicieron abandonar el puesto de centinela de espera y entonces ¡cosa rara en mí! en vez de acostarme en la cama algo más crecida que la primitiva, la cuna, avalanceme sobre el colgador, al que gracias á una silla llegué, y coji la camisa almidonada y llena de puntilla de mamá que el mismo día trajo la planchadora. Para mojarla me valí de la jarra del lavabo, sobre el que la firmé, y de esta suerte dejarla menos *tiesa*; me proveí de una caña y con la camisa mojada y arrastrando me dirigí al belén, pero con tan mala fortuna, que al verme la autora de mis días me sacudió con los látigos—después de despojarme de su camisa—y no me quedó otro remedio que *descamisado*, mohino y haciendo pucheros, buscar el consuelo á tamaña desgracia en mi pobre lecho.

Al día siguiente corrí muy tempranito y quedo muy quedo al balcón á recoger los objetos traídos por los reyes. No hallé más que una pelota idéntica á la que agujereé, un belén con peñas de corcho, monigotes de barro, estrella de papel plateado y lago de cristal, y una carta concebida en estos ó parecidos términos:

«Deja al mundo rodar como á la pelota y conserva ese belén que tan común es en las casas y especialmente en España. Respecto á tu petición, dispensa no se te puede complacer por ser imposible dado el estado actual de las cosas.

Deseando poderte servir en otra ocasión, se despiden hasta otro año.—*Melchor, Gaspar y Baltasar.*»—P. GASCÓN DE GOTOR.

## ¡UN MATRIMONIO FELIZ!

Don Ramón y Doña Bruna

Se han casado esta mañana:

Aquel raya en los setenta,

Esta en los sesenta raya.

Si hay amor en esos pechos

Que lo digan sus espaldas

Que en arco ojival se encorvan

Para hacerle ardiente hornaza.

Si Tersicore de Apolo

Con su pié los ritmos marca,

Don Ramón y Doña Bruna

Al compás del cojo marchan.

Los brazos de Don Ramón

No son, cierto, obra acabada

Pero son ganchos de amor

Cuando á Doña Bruna abrazan.

Las manos de Doña Bruna,

Aunque manos de una Parca,

No desdican tanto y tanto

Del rostro rancio que halagan.

Sus caricias y meneos

De risa dejan heladas

A las gracias y las risas

Que al bello Amor acompañan.

Mas como dice el Proverbio:

Tal para cual nunca falta,

Don Ramón y Doña Bruna

Son ruedas y piñón que engranan.

—Me quieres, Ramón?—Te quiero!

Hueso de mis huesos, calla;

Te quiero como á mi cuerpo,

—Yo Ramón, como á mi alma.

—¡Ay! Ramón, si el infortunio

Llama á las puertas de casa?

—Siempre podremos picar

Por una puerta ó ventana.

—Y si te mueres, Ramón?

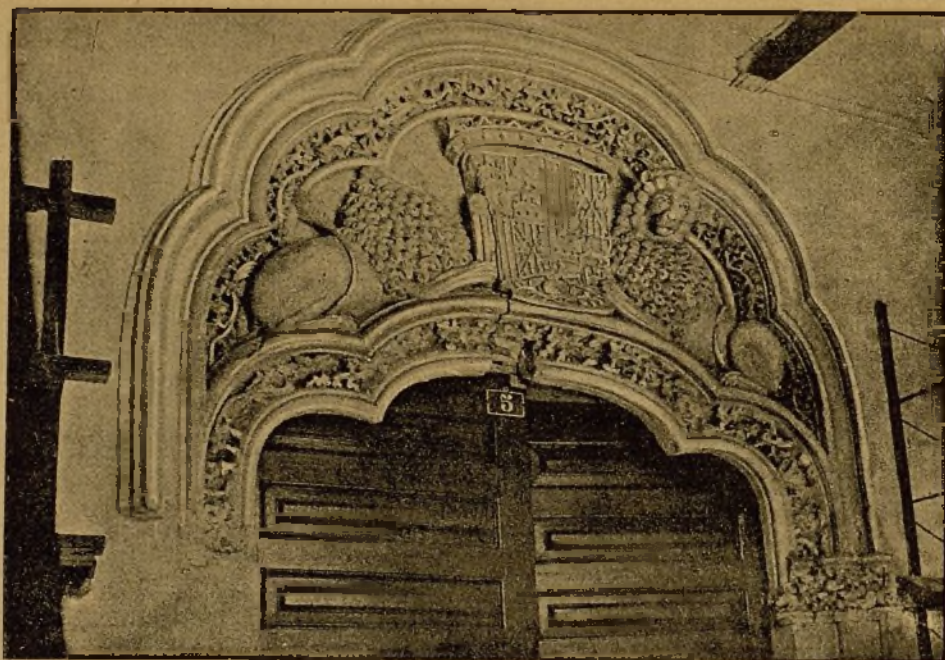
—Más, Bruna, por Dios, aguarda,

Y si mueres tú primero?

—Entonces nada—Pues, nada.

SERAPIO LISO.





Escudo de armas de la puerta del salón del trono, (castillo de la Aljaferia)

## La bendición de Sor Isabel

(EPISODIO HISTÓRICO)

### I

**ESTABA** la tarde fría, muy fría: había nevado por la mañana, no mucho, pero bastante para que los caminos y los campos estuvieran cubiertos de láminas de hielo, porque dos horas del centro del día habían sido tan benignas, que derritieron mucha parte de la nieve; luego sopló el cierzo con alguna violencia y las tierras quedaron petrificadas y las aguas convertidas en cristales.

Era un día del mes de Diciembre del año 1873.

Habíamos dejado á nuestra espalda el pequeño pueblo llamado Guadalaviar, situado en los montes de Albarracín, y dábamos vista á la cañada donde se hallan unas humildísimas fuentes que, allá muy lejos, se convierten los caudales que producen y que corren apacibles entre las hierbas de una pradera hasta reunirse en un estrecho cauce, en caudaloso río navegable: las fuentes del Tajo.

El frío de una parte y de otra, alguna inquietud que experimentábamos por causas que no son del caso referir, eran motivos más que suficientes para que fuésemos silenciosos. Cada uno de nosotros procuraba sostenerse lo mejor que podía sobre la montura, y cuidar de que el caballo no adelantase más de lo debido por el procedimiento de la patinación, porque era arriesgado el juego.

Llegamos á los manantiales donde hicimos alto algunos minutos, y en vez de seguir adelante, dejamos la línea recta, hicimos una variación á la izquierda, y nos internamos en una larga cañada, flanqueada de espesos bosques de pinos. Avanzaba la noche y hubiera sido una locura el engolfarnos en los peligrosísimos senderos que se deslizan por barrancos abruptos y que conducen al pueblo de Tragacete, lamido por el Júcar, ya río considerable aunque no están muy distantes los manantiales donde brotan sus primeros caudales.

El guía que llevábamos era hombre de toda mi confianza, iba bien instruido y yo esperaba, como sucedió, que aquella noche habíamos de reponernos de las fatigas del día y de la noche anterior, que habían sido rudas y aun crueles.

Llegamos á una especie de plazuela formada por los pinos y el guía hizo alto.

—Es conveniente—dijo—el que se apeen ustedes porque vamos á dejar el camino, y por un cuarto de hora lo menos, hay que llevar los caballos de las riendas.



Así lo hicimos, y empezamos la marcha por un lecho espesísimo de hojas secas, sobre el cual no dejaban huellas los caballos, aunque tampoco las habían dejado en el camino, petrificado por el hielo.

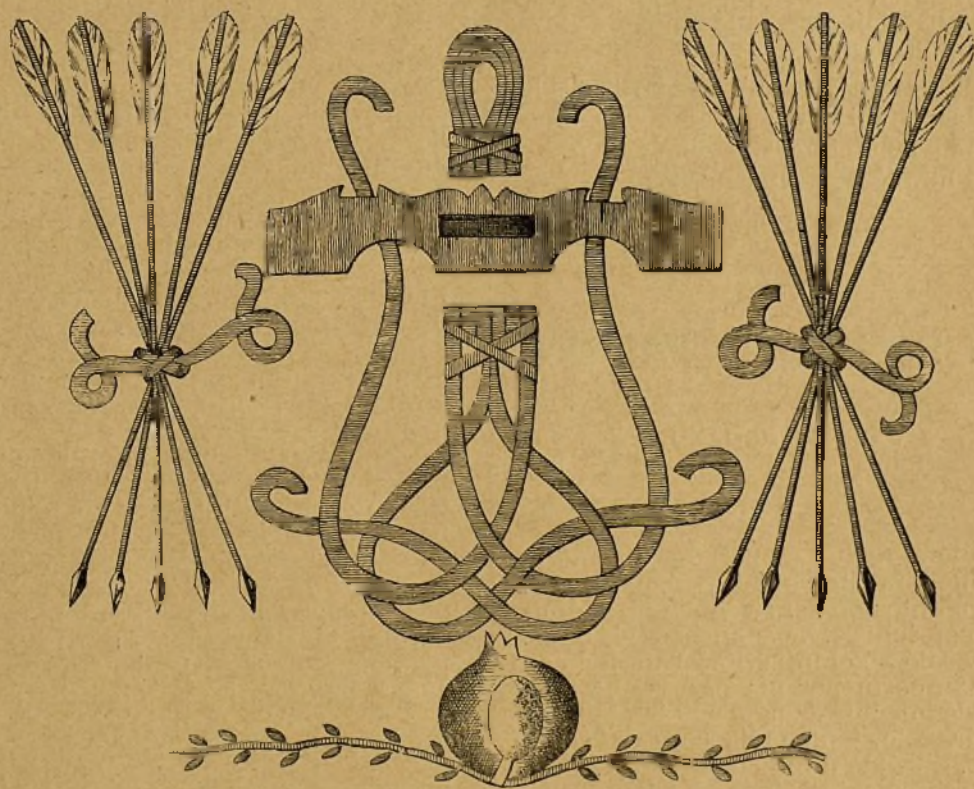
A los quince minutos nos hallábamos sobre otro camino menos ancho que el que habíamos abandonado, y por él emprendió la marcha nuestro guía, después que de nuevo ocupó cada uno su montura.

Ya había anochecido. El frío era cada vez más intenso, y el cielo, azul y limpio como una lámina de bruñido acero, estaba iluminado por la luna llena, cuyos blancos resplandores caían sobre el oscuro bosque proyectando, en los puntos despoblados de pinos, sombras fantásticas.

Caminábamos sin que de labio alguno saliera una palabra, porque cada cual tenía bastante ocupación atendiendo á su montura y al propio cuidado; solamente las pisadas de los caballos turbaban el solemne silencio de aquellos sitios tan olvidados de los hombres como solitarios é imponentes. Yo me sentía poseído de una especie de pavor religioso, que no podía confundirse con el espanto: era parecida aquella dulce impresión á la que experimentamos cuando somos sorprendidos por un espectáculo grande y hermoso, en el que una voz que sale de nuestra alma nos avisa de que allí está el sello del poder divino. Algunas veces he experimentado esa especie de arrobamiento pavoroso: esta fué una, otra, lo recuerdo bien, al apuntar las primeras luces del día 2 de Enero de 1876, en cuyos momentos me hallaba en lo más alto de la Torre de la Vela de la Alhambra de Granada, dispuesto á contemplar la morisca ciudad y la celebrada vega cubiertas de nieve. Si yo intentase decir algo que pretendiese calcar y hacer sensible todo aquel indescriptible estado de excepcional goce, acometería una obra superior á mis fuerzas, que no á todos nos es dado el dar formas casi tangibles por medio de la palabra, á sentimientos y sensaciones que tienen su residencia en el alma, y solamente en circunstancias excepcionales aparecen para llenarnos de dolor ó alegría, de admiración ó pavor, ó de otros afectos que quizás participen de todos estos, y nos sea imposible darles nombre.

Tan fuertemente impresionado me hallaba que cuando el guía dijo:—«¡Ya hemos llegado!»—parecióme despertar de un sueño. Efectivamente, nos hallábamos á pocos pasos de una alta pared que se extendía en forma de cercado. Casi en el ángulo que proyectaba á nuestro lado izquierdo veíase una puerta carretera, cerrada, y delante de esta puerta hicimos alto.

El guía palpó á uno de los lados como buscando algo, y luego ví que había asido un objeto; era una anilla de hierro á la que había adherida una delgada cadena. Era un llamador. Jorge, que este era el nombre del guía, llamó tres veces vigorosamente; en el interior empezaron á ladrar dos mastines, que luego cesaron en dar muestras de su vigilancia, y algunos segundos



El tanto monta de los reyes católicos



después, desde el interior de la puerta preguntaba una voz:—«¿Quién llama?»—«Abre, Julián, soy Jorge»—dijo el guía. Pronto tuvimos franco el paso, y entrando nos hallamos dentro de un cercado de bastante extensión, y en medio de él y á nuestro frente, se alzaba una casa de grandes proporciones, y cuya parte principal ostentaba dos pisos adornados de balcones.

Nos apeamos; un criado tomó mi caballo y me invitó á entrar en la casa en cuya cocina nos esperaban los señores de la finca con buen fuego, y yo obedecí gustoso y me dirigí al interior, seguido de dos compañeros más; los restantes fueron llevados á otras cocinas, y los caballos á las cuadras.

—Aquí—me dijo Jorge—hay que estar sin cuidado alguno y con absoluta confianza.

(Continuará).

ANTONIO APARICIO.

## EL CANTO DEL RUISEÑOR

Ruiseñor armonioso que entonas  
El canto del alba  
Y escondido en la verde espesura  
Picoteas alegre las ramas,  
Tú no sabes porque esos gorgoros  
Entristecen el fondo de mi alma:  
Para tí ya ha llegado la aurora;  
Ese sol para tí se levanta  
Tuyos son los jardines, los prados,  
El río y las auras;  
Tu destino es cantar en la tierra  
Porque ella es tu patria:....

Ruiseñor armonioso que entonas  
El canto del alba,  
Mientras tú estás cantando en el árbol  
Yo lloro en mi jaula,  
Hasta el día en que cante en el cielo  
Aquel himno que nunca se acaba.

LUIS RAM DE VÍU.

## LA PENA DEL TALIÓN

(CUENTO ROMANO)

I

Galienu fué un emperador más de la avasalladora Roma, un vulgar tirano, con instintos de fiera y gustos de doncella caprichosa, de mancebo idealista.

Sucedió en el imperio á Valeriano su padre, muerto por los persas que después de henchir de paja su piel, la tiñeron de rojo, teniéndola colgada como trofeo, durante infinidad de siglos, en la techumbre del templo más ostentoso de la Persia.

Galienu, declaró que su padre era mortal, dejando las cosas *in statu quo* y divinizó al autor de sus días.

La poesía y la elocuencia, entretenían agradables horas á Galienu... La primera, era capaz de convertirle en tierno hombre de familia. El universo atravesaba una crisis por momento, luchas, invasiones, todo debía temerlo el emperador... y tuvo no obstante, cuerdas en su lira, para cantar en dulce epitalamio el himeneo de sus sobrinos, versos que aun se conservan.

Dió á Plotino una ruinosa ciudad de Campania, estableciendo en aquel territorio, una república según las leyes de Platon. Galienu también tenía algo de filósofo—¡Moda sempiterna!—Y mucho de cruel.

II

La emperatriz, la bella compañera de Galienu, la dueña de Roma, triste el semblante, el desnudo brazo sirviendo de apoyo á la inclinada cabeza, reposaba en un sitial de púrpura, en el átrio de su morada. Un grupo de esclavas jóvenes, circuía al astro imperial.

—Oh! tú, divina esposa de Galienu, encanto de Roma: deja á la más fiel de tus siervas preguntar la causa del enojo que frunce tus cejas negras como el ala del cuervo.

—El tedio me mata. La luz crepuscular me entristece y esta es la hora en que Júpiter se oculta.

—Júpiter se oculta, humillado por tu esplendor. Teme sentir justa cólera contra la deidad de Juno, si contempla tu hermosura.

—¿Quieres—dijo una segunda esclava—que ahuyentemos tu pena, entonando himnos á los dioses? ¡Me miras con desdén! Nada regocija tu níveo rostro. ¡Cambiaras acaso, tu imperio, por mi alegre servidumbre!

—El águila romana, vuela por el celeste espacio que se extiende ante nuestros ojos. Quiere subir siempre. Yo, la diosa viva de Roma, quiero siempre más. Ayer llegó á este sitio un mercader de



joyas—no le visteis, antes os despedí.— En un vaso etrusco me ofreció doscientas perlas. Aguardaba al emperador y no atendí á las hermanas de Venus Cítrea; como ellas nacieron de una concha. A haberlas comprado ¡qué collar me hubierais tejido! Nunca las ví tan preciosas. La más rica, fuera digno presente para derretida en la copa de Galieno.

Augusta recobró su silenciosa tristeza.....

Cuando la brisa empezó á columpiar los mirtos, y las vespertinas estrellas á alhajar el cielo, los arcos de primorosas cejas se desunieron ocupando su lugar, y á la vista de las perlas de la tarde anterior, los labios rojos dejaron asomar con una dichosa exclamación, otras perlas no menos hermosas.

—Mercader, tu emperatriz te llama; quiere pagar á peso de oro el vaso de Etruria.

—Minerva vino en mi auxilio, haciéndome negarle á cuantas matronas le codiciaron, seguro de que ningún otro busto que el tuyo, sería lecho creado en el Olimpo para nido de perlas. ¡Fausta suerte! Nacar las oprimió y oprimirán nacar.

—Más es tu lenguaje de patricio que de mercader.

—Sí, Augusta ha admirado la esplendidez de su litera caminando á orillas del Tiber.

—Evoca tu esclava tiempos en que rigió mi juventud la ciega fortuna. Resta de su cuerno abundante el vaso que ansias.

—Compre lujosos vestidos, é incien-

sos el doncel empobrecido que divierte á la señora del mundo. Llenadle de monedas.

Aurífera lluvia cayó en manos del que puso las joyas en las imperiales, y por múltiples veces sirvieron de medida á los dineros guardados en los pliegues del manto.

El mercader se prosternó. Augusta ordenó marchar, bien por llaneza, bien por dirigir á sus satélites el engarce del soñado círculo de hilos de perlas.

### III

—Lámpara alabastrina alumbra el suntuoso banquete, jazmines prestan su aroma al nectar de Chipre que vierten mis ánforas en las copas coronadas de ellos... Resuenan las cítaras... El César reposa tendido, cubierto de aceites olorosos, y no ve: los ojos que reflejan su imagen, como el terso mármol, los ojos que iluminan la creación, ¿dónde están? Ven Augusta, vibre en los ámbitos de la estancia tu voz de ave canora.

Galieno era poeta... Nada menos duro pudiera contestarse á la evocación de Augusta... Evocación que tantas compartían, según sus contrarios.

—Héme á tus plantas, mi amante Galieno.

—¡Qué miro! ¡Furias infernales! En tu persona un collar de perlas falsas!

—Falsas!

ROSA EGUILAZ DE PARADA.

(Se continuará).

## REPOSTERÍA

### BESO DE CARDENAL

Para hacer este exquisito postre se preparan dos cacerolas: en el interior de una de ellas se pone media libra de agua y otra media de azúcar superior y se coloca en el fuego: así que hierve se divide en dos partes iguales el contenido y se deposita cada una de ellas, respectivamente, en las cacerolas.

Se baten bien las claras de seis huevos, reservando las yemas, y en la primer cacerola, caliente como se halla, se van echando poco á poco, á fuego lento, cuidando de ir dándoles vueltas al mismo tiempo con una cuchara: en el momento de ebullición, se deposita en un plato que se tendrá dispuesto con tres onzas de bizcochos formando una pirámide truncada. Entonces las seis yemas, también batidas, se colocan en la otra cacerola que contendrá el azúcar con el agua fría y se pone en fuego lento dándoles vuelta igualmente con una cuchara hasta que se endurezca, y llegado este caso se echan sobre las claras.

Al tiempo de ir á servirlo á la mesa se le pone por encima maná y se adorna el postre con frutas confitadas.

UN PINCHE.



## UNA BODA EN CHINA

(CONTINUACIÓN)



3



4



5



6



7



8

(Conclusión y explicación en el número próximo).

## GASCÓN DE GOTOR

Retratos dibujados y pintados al óleo, hechos del natural y de fotografía, cuadros históricos, religiosos y profanos, de costumbres y de comedor, caprichos para regalos, dibujos al lápiz, pluma, pintados á blanco y negro, etc., etc.

Si el encargo es de alguna importancia, se sale fuera de Zaragoza mediante convenio.

*Clases de dibujo nocturnas*

**ESTUDIO, CONTAMINA, 25, ZARAGOZA**

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—No se devuelven los originales.—Los autores son responsables de sus escritos.

Tip. de M. Salas, plaza del Pilar, Pasaje.